ESTUDIO GRAFOLOGICO DE DON BENITO PEREZ GALDOS

POR

LUIS MARTINEZ VILLA

Datos personales

Nace en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843. Se educó en el ambiente isleño con influjos británicos. Adoraba la música, con predilección por Beethoven. Tocaba con mucho arte el armonium. Igualmente aficionado a la pintura, tenía dibujados todos sus personajes literarios. Fue admirador y fino interlocutor de Isabel II en su retiro de París, en el Palacio de Castilla, de la Avenida Kleber, muy cerca del Arco del Triunfo, en la Plaza de la Estrella. Galdós constituye gloria de la literatura universal, más admirado y estudiado a medida que avanzan los tiempos: Eminente faro de la eterna sociedad humana.

Le agradaban las gentes humildes y sencillas, los niños. Humano y español como pocos, estaba lejos de las estrechas demarcaciones del regionalismo. Quería lo mejor para la Patria por encima de sí mismo.

Galdós se erigió en fustigador del fanatismo, el caciquismo y la intolerancia. Era un liberal por excelencia.

Temperamento y personalidad

Es un carácter apasionado. Y todo ocurre —afirma René Le Senne— «como si el tren de la humanidad fuese arrastrado por los emo-

tivos-activos, comprendiendo en su centro a los apasionados». Una imagen afortunada que sitúa a este carácter en la cúspide de esa pirámide humana que podríamos formar con las tipologías individuales.

Sin duda alguna, Galdós, personalidad intensa, la propia de un activo concentrado, parte con entusiasmo ilimitado y le mantiene, sin decaer en su impulso y trayectoria. Dispone de inmensa potencia de trabajo, pone al servicio de su obra todas las energías de su carácter, y manifiesta una entrega a fondo en lo que hace, sin otros límites que los de sus fuerzas físicas y mentales. Está lleno de iniciativas, es reflexivo, perseverante, ama la grandeza, con verdadero instinto de expansión, que le lanza a la conquista del mundo que le rodea, propio de las naturalezas generosas que se entregan sin reservas. Y es que, en definitiva, la pasión es inseparable de su vida.

La tensión interior, bajo diversos factores complementarios, establece la unidad de su carácter, que siente la dialéctica como cuestión personal, tan espontánea como impulsiva, por lo que tiene de fuerza, empeño, arrojo, oportunidad, agudeza y reacción vigorosa, lo mismo consigo mismo que con los demás y las propias situaciones. Pero no es tozudo, no se deja arrastrar a ciegas, piensa de una manera trascendente, calcula el futuro y hasta lo estructura previamente.

Se le ha acusado «de modestia desdeñosa y soberbia» en el fondo de su carácter. Lo que requiere un análisis porque son juicios contradictorios puesto que la modestia se opone al desdén y a la soberbia. ¿Cómo confundir la dignidad y el honor con el orgullo exagerado? No, Galdós era verdaderamente modesto, con ese acompañamiento formidable de la sencillez, claridad, lealtad y humildad; exponente del hombre que va a pecho limpio para afrontar todas sus circunstancias personales —basta observar la legibilidad de su escritura y firma rápidas; la espontaneidad de su grafismo inclinado hacia la derecha; la ausencia de sobrelevaciones en la proporción de altura de mayúsculas y minúsculas, hampas y cuerpo o zona media de escritura, consonantes altas y vocales y consonantes medias—.

Excluyamos toda adjudicación de soberbia en el carácter de don

Don Benito Pérez Galdós, en plena madurez física e intelectual.

Benito. Y pensemos, con más justicia, en una interpretación de su independencia de criterio y personalidad singular, que le sobran las vanidades y los egoísmos y sólo quiere los medios necesarios para ejercer su vocación, libertad para contemplar la vida, y que así se desarrolle ésta socialmente, y gusto para proyectarse debidamente en los escenarios propios de la vitalidad de trabajo y creación que le animaba. Oponer desdén, si se quiere, a ultranza, a la falta de comprensión, respeto y solidaridad, es lo máximo que cabe conceder y eso paréceme racionalmente legítimo.

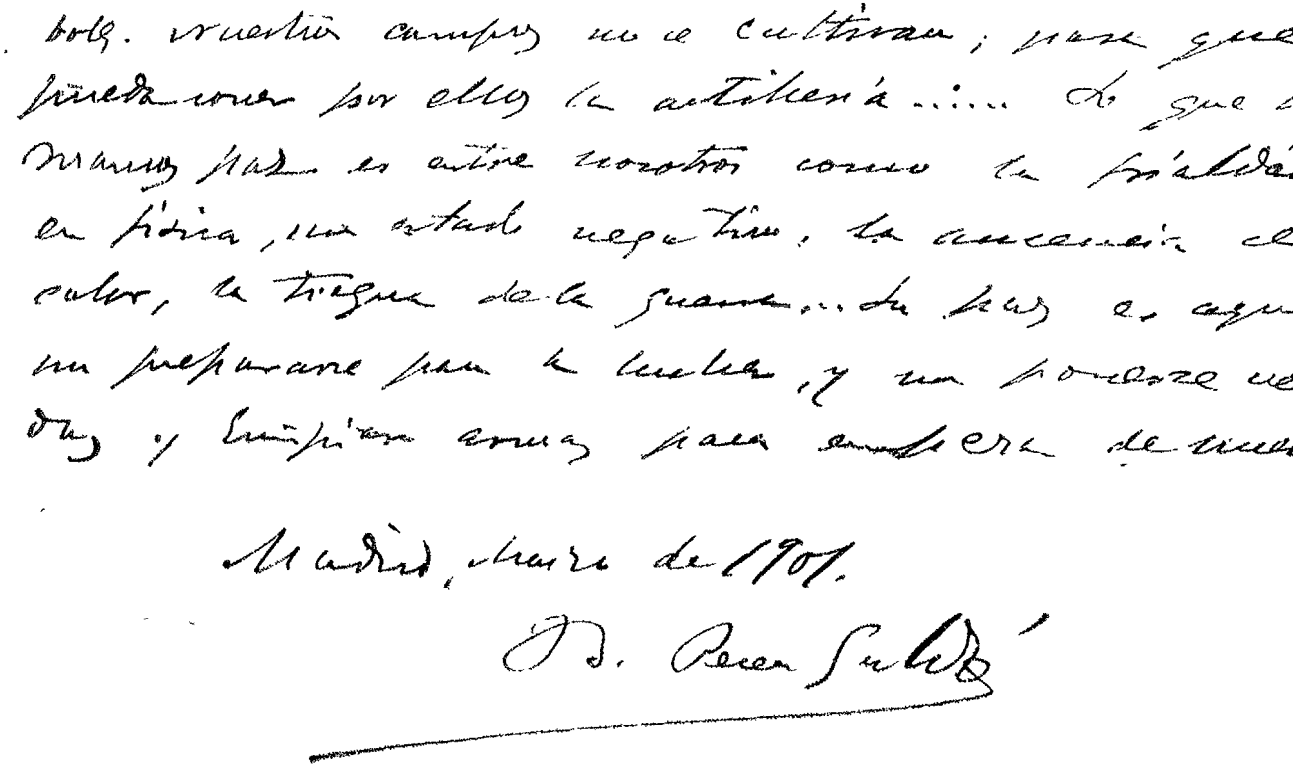
Hombre tenaz

Entiende la vida como un combate, en el que hay que conocer todo lo que de una forma u otra interviene en el mismo, y pone extraordinario valor para vivir, porque está decidido y seguro que él tiene que ser el vencedor de su destino. Por eso usa de enorme vehemencia, perseverancia, insistencia en lo que pretende, porque no admite la renuncia, la negativa o el fracaso. Galdós está en una exigencia constante de sí mismo, lo que le rodea, y la circunstancia. Y se impone. No se olvida de ningún detalle, ni pierde la penetración exacta de cada cosa, y eso que parece carecer de pausas, ya que sus detenciones grafoescriturales no parecen tales por la diligencia con que se emplea. Se pudiera decir que nada ni nadie se le puede negar por lo ardiente de sus pensamientos, motivaciones, realización, actos. Realmente es que, en la incontenible proyección de su personalidad conecta espontáneamente con la realidad y la subordina con fuerza y ascendiente.

No olvida detalle, ni pierde la penetración exacta de cada cosa, a pesar de que, observando su escritura, ofrece la imagen de una carrera sin paradas, en continuo esfuerzo y «sprint», sin concesiones al descanso. Las letras, incluso las palabras, van enlazadas, ligadas; con esporádicas y originales yuxtaposiciones, índice de su espíritu independiente. El conjunto es un exponente máximo de actividad.

Galdós epistolar

Resulta especialmente de interés su carta de 13 de enero de 1886, dirigida a don José Extrañi, en la que se expresa:



Madrid, enero de 1901.

D. Pérez Galdós

En 1901 Galdós escribió este acerado y pesimista diagnóstico de España y los españoles. Fue redactado a requerimiento de doña Celina G. Peña de Calzada para su colección de Glosas sobre «ideales de la humanidad».

Pueblos hay que se transforman en sosiego, charlando y
discutiendo con algaradas sangrientas de tres, cuatro, cinco
años, pero muy bien turbados por las lenguas que por las es-
padas. El nuestro ha de seguir su camino con saltos
y caídas, tumultos y atropellos. Nuestro mapa no es
una carta geográfica, sino el plano estratégico de
una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es pueblo,
sino un ejército, nuestro gobierno no gobierna: se de-
fiende. Nuestros partidos no son partidos mientras
no tienen generales. Nuestros montes son trincheras
para lo cual están sabiamente desprovistos de ár-

Mi querido amigo. Ya sabe Vd. que se acabó la gran obra de los *Episodios ilimitados*. Con el cuaderno 132 ha quedado completo. Ahora falta que Vd. trompetee un poco a ver si esos ladinos cucos le meten el diente. Como son tan desconfiados, muchos creían que no se acabaría.

Conque menee un poco la cosa. Ya sabe Vd. que cuando yo vaya, le completaré la obra con los cuadernos que aún no tiene.

Suyo afmo. amigo,

B. Pérez Galdós.

El 22 de octubre de 1889 le escribe desde Santander a su admirado Clarín: «Hace días que he venido de Inglaterra, país que me enamora cada día más, país donde todo es hermoso, grande y honrado, y del cual me gustaría ser ciudadano. Este año he realizado un deseo que hace tiempo tenía, visitar a Stratford-on-Avon, patria de Shakespeare...».

Pensamiento y aplicación

Apasionado por el trabajo, la música y la pintura, su destino estaba —incógnitas de la vida— en la novela. Le atraía especialmente Balzac.

Su inteligencia se apoya siempre en la incansable vitalidad que posee, fuente inagotable en la que beben la sensibilidad, y el espíritu realizador. Este, impetuoso e impaciente a la vez, que domina otras tendencias del carácter, con la suficiente flexibilidad de rectificar los propios criterios, para adaptarlos a la exigencia de hechos nuevos.

Por ejemplo: Su dignidad, orgullo del carácter, le impide manifestar abiertamente la honda ilusión con que pretende ser Académico —es natural que un hombre tan intensamente sensible por lo intelectual, lo humano y lo literario, guste estar donde se debaten y producen los elementos y formas más refinadas y armónicas para el cuidado, evolución y perfeccionamiento de la lengua—.

Y, al tiempo que alterna la sencillez y modestia de esperar que sean los demás quienes le llamen a la Real Academia, cede a la

petición amistosa de don Marcelino Menéndez y Pelayo, 1888, para que su nombre sea propuesto a la vacante producida por el fallecimiento del Duque de Villahermosa.

Aunque apoyan a Galdós Emilio Castelar, Juan Valera, Campoamor, Núñez de Arce y Menéndez y Pelayo, sale vencedor su oponente, Commelerán, catedrático de latín, hombre poco conocido, pero apoyado con éxito por Cánovas del Castillo y Mariano Catalina, a la sazón inspector de publicaciones de la Academia (con quien Menéndez y Pelayo mantendría duelo dialéctico, a punto de trabarse en puñetazos, que don Marcelino, de puro vehemente, no hurtaba lanzarse a bofetadas o paraguazos si la ocasión lo requería).

Pero don Marcelino, muy tenaz, fiel amigo de Galdós, reconocedor de su extraordinaría valía, trata de obtener de éste, febrero de 1889, su visto bueno para presentarle como candidato a cubrir la nueva vacante producida en la Academia, a lo que don Benito, aún herido por el desaire anterior, no accede con razones comprensibles.

Sin embargo, abril de 1889, ante nueva vacante, Menéndez y Pelayo no se rinde y consigue que Galdós admita ser presentado a la votación como posible Académico. Don Marcelino le escribe a Galdós lo siguiente:

> «... La noche del jueves pasado, al acabar la Academia, se me acercaron Cánovas y otros amigos, manifestándome deseos de votar por Vd. para la primera vacante . Cánovas me ofreció formalmente firmar la propuesta y hacer que firmasen otros dos de los que antes habían votado en contra.
>
> Yo por mi parte aceptaría, aunque no fuese más que por el deseo caritativo de sacar a la Academia del atolladero en que neciamente se ha metido.»

E inmediatamente, don Benito, responde:

> « . Aún pensando que la urna me revele de un modo harto elocuente las antipatías que tengo en aquella Casa, me entrego, pues, a Vd. en la confianza de que no ha de presentarme, sino asegurándose antes de que no he de hacer en la elección un papel desairado.»

Y, al fin, el 13 de julio de 1889, Galdós fue elegido Miembro de Número de la Real Academia de la Lengua, con los honores de reconocer su excepcional valía en las letras castellanas.

Galdós, ya en Madrid, y viviendo en lo que entonces se llamaba Paseo de Areneros, escribiría a don Manuel Tamayo y Baus, rogando aplazamiento del Acto de su Recepción en la Real Academia.

Hombre sencillo y humilde

Coincidiendo con su ingreso en la Academia le escribe a don Mariano Catalina, respondiendo a su B. L. M., y le dice «que no posee ninguna clase de títulos, honores y condecoraciones...», como tantas veces el genio creador hispano había quedado fuera de los títulos legales universitarios. En el fondo yo afirmo que ello constituye una frustración dolorosa, y estoy seguro que Galdós la sufría.

Psicología profunda

Un apasionado, como Galdós, se aparta discretamente del bullicio por un esfuerzo inconsciente de lograr una construcción sistemática que dotará a su obra de notable unidad, de la mano que impone a su vida la exigencia de la sistematización intelectual y la organización social. Resiste a cualquier obstáculo, de modo que abatido o victorioso continúa, aceptando razonablemente los cambios que produce la vida, dispuesto a servirlos más que a servirse de ellos Y es que manifiesta especial complacencia en trabajar para los demás, sin que le apetezca el ejercicio de autoridad.

Novelistas secundarios por el carácter, como Flaubert y Zola por ejemplo, bastan para mostrar la modificación de la novela cuando crece la secundaridad o introversión del novelista.

La novela es atraída por el análisis de la sociedad. La subjetividad de la novela de análisis desaparece ante el estudio objetivo; y el gusto por las aventuras cede su lugar a la pintura de las condiciones sociales (que es el caso de Pérez Galdós).

Zola terminó en la predicación profética. Con Flaubert estamos en los confines extremos del arte, pues ya no se le reconoce sino en el trabajo del estilo.

Se ha estudiado en línea a Balzac, Dickens y Galdós. Y a este respecto, analizando, recordamos que Baudelaire escribió de Hono-

rato de Balzac: «Hombre original, tan insoportable en la vida como delicioso en sus escritos, niño grande repleto de genio y vanidad, que tenía tantas cualidades y tantos defectos que no nos atrevemos a suprimirlos por temor a quedarnos sin aquéllas».

Al ser la creación una prolongación del carácter, ésta es más profunda en Galdós que en Balzac y Dickens, a quienes don Benito admira como caracteres exteriorizados totalmente, pero él les supera por terminadas realizaciones, cuya sensibilidad es más diáfana que la de Víctor Hugo.

Pérez Galdós, cuya fuerza misteriosa de cohesión, característica del genio, interviene aquí para, a partir de una diversidad de tendencias, que no faltaría quien calificase de irreductibles, lograr armonía profunda. Y, en la psicopatología del ser interior, se percibe la riqueza de desbordante vitalidad, ya anotada, que impulsa a Galdós a ser un gran productor en el terreno literario. A la necesidad de trabajar se suma la energía necesaria para no desmayar en sus empeños, una inteligencia potencial más cultivo intelectual y emotividad receptiva y crítica, antesala de la creación.

Según Kretschmer, «los hombres de este tipo no tienen talento lógico ni dramático» —pero yo añado que a pesar de la exactitud de las observaciones generales de Krestschmer, como la grafología conoce al escritor dentro de su unidad personal, en este caso discrepamos abiertamente sobre la ausencia de talento lógico. Galdós afirma por su escritura, extraordinariamente ligada, la línea de pensamiento lógico que acompaña invariablemente a todas sus manifestaciones; es, de manera esencial, su motivación, de la que no puede prescindir—.

Y sigue Kretschmer: Son, inexcusablemente, los hombres de este tipo, «los que poseen el talento de la descripción realista, rica en observaciones tomadas de la vida, rica en personajes y acciones, notable por la abundancia y el calor de los sentimientos, son los hombres de la novela en prosa».

Realización

Cada carácter busca su expansión, verdadero instinto de la vida, y Galdós encuentra fácilmente su camino, que constituye expansión dirigida que le abre a un medio seleccionado. Toda su conducta está

guiada por afinidades electivas, sus afectos, sus gustos, sus actividades, y ahí se siente estimulado y confía.

El medio, como estructura nata, personal, le orienta con infalible intuición para conocer aquello que busca y le satisface. A Galdós, dice Sánchez Agesta, «le interesaban los seres humanos, sus pasiones, sus caprichos, sus debilidades y, a veces, su capacidad de sacrificio y abnegación». Muy posiblemente, por la sugerente naturalidad que de todo ello se desprende.

Le fascinó Madrid y se enamoró de los barrios populares. Su primer domicilio fue en la calle de las Fuentes, que va de Arenal a Mayor, como puente entre la Plaza Mayor y la de Opera o Isabel II·

«Galdós ha sido, sin pausas ni renuncias, un perseverante hombre de la calle. Descubridor de la vida en el discordante vocerío popular, en el latido sobresaltado de los callejones y las ventanas, de los patios y las esquinas» (así se lee en su Monumento Canario de Pablo Serrano).

Y surge la sentencia de que «el novelista que hace historia tiene una gran ventaja sobre el historiador. Puede hacer hablar a varios personajes y exponer sus ideas, incluso contradictorias, sin casarse con nadie».

Lo que sostiene al hombre en el transcurso de su vida es la fuerza de la emotividad, la armadura de su interiorización, la potencia de las tendencias, el poder de hacerse un sistemático estudio del ser, el amor o el odio, y la conciencia que concentra todas las fuerzas del alma sobre sus objetivos sucesivos. Puntos que se dan cita en el texto gráfico del novelista-historiador, que se sitúa a la cabeza de los narradores, de los descriptivos. En su paralelismo entre la marcha de la vida y la del pensamiento se produce una convergencia, de la cual el motor es la emoción activa y el protagonista un sujeto entre los demás, en el espacio y el tiempo. Galdós no solamente se apasiona por la historia, sino por cuanto la envuelve, genealogía, vestimenta. costumbres, folklore, empujando el pasado hacia un porvenir que debe ser su continuador

Benito Pérez Galdós se enerva con naturaleza espontánea, impetuosa, de sensibilidad engendradora de sentimientos variados y matizados. Su pasión es voluntaria. La sensualidad está despierta En la perseverancia lucha con ahinco rozando la obstinación irreducti-

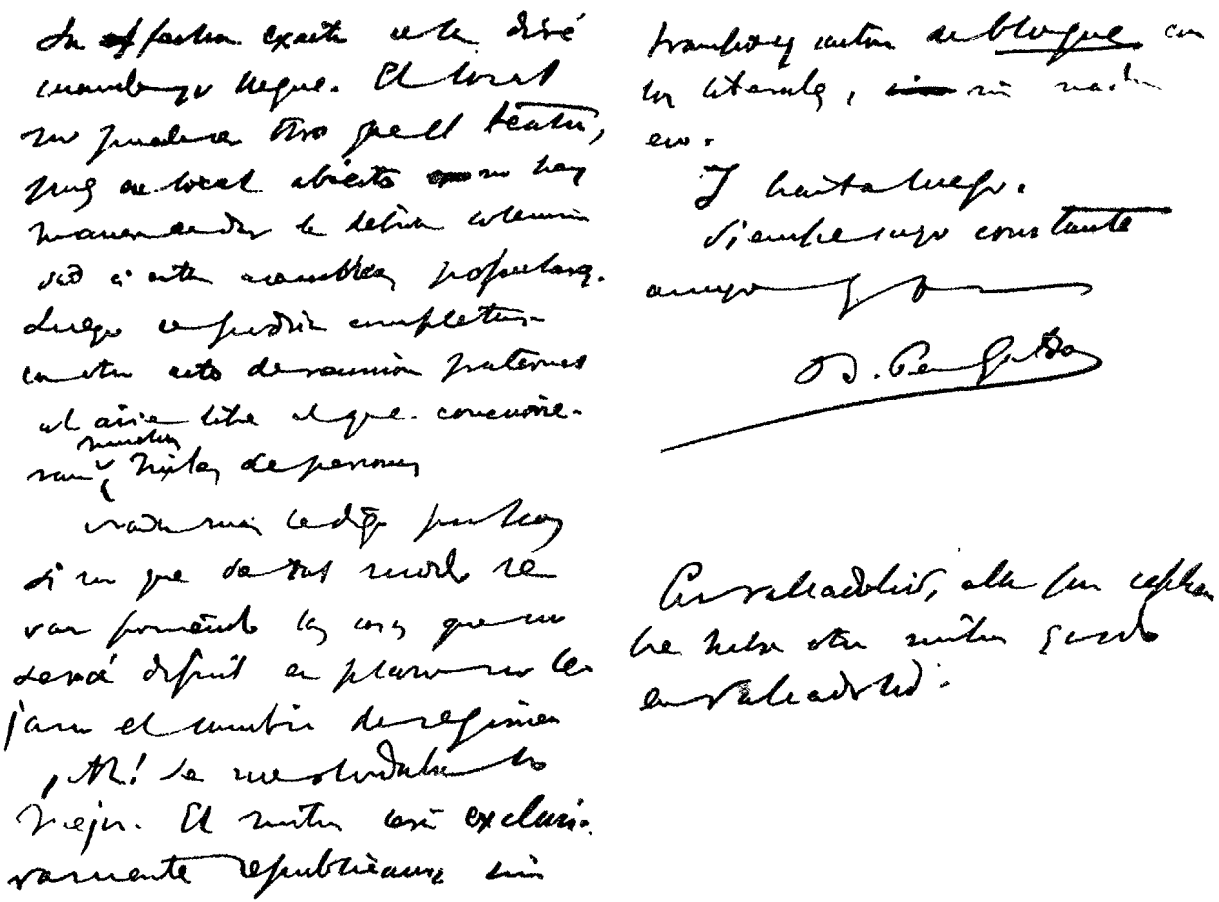
ble. La melancolía subyace en su vida. El la recubre con la fuerza de su acción, pero al final es pesimista; pesimismo vencido por la energía de emprender, es el espíritu animoso, el esfuerzo, afán de superación, la sed de trabajo y estímulos. Un carácter superior, presidido por la plenitud de inteligencia, energía, constancia, actividad, agudeza observadora, fecundidad y riqueza creadora, talento crítico, penetrante hasta los más hondos repliegues de cuanto alcanzan sus sentidos.

La rapidez de la escritura de Galdós es imposible confundirla con la de una persona apresurada y dado que todos los sentimientos necesitan, para adquirir su valor, ser transformados en actos, así la actividad que impulsa la escritura rápida es condición indispensable de la superioridad. Porque sean cuales fueren los sentimientos de benevolencia, devoción, abnegación, de nada sirven si no se obedecen diligentemente las inspiraciones del corazón. Que no es el caso de don Benito, el cual con su iniciativa crea, sanciona y desarrolla (en su lado opuesto estaría la pereza, cualidad negativa, que no produce nada, deja que todo se pierda, engendra la cobardía y la ociosidad, con desenlace en vicios).

La sensibilidad, aptitud para recibir emociones, bien sean intelectuales o morales, es el sentimiento de los sentimientos; y la primera expresión de la sensibilidad moral es el altruismo (en lado extremo del egoísmo que, como excelentemente afirma Jules Crépieux-Jamin, «al ladrón le sonroja su crimen, el embustero disimula sus mentiras, la perfidia oculta la maldad, pero el egoísta no teme hacer ostensible su carácter»).

Y Galdós muestra en su escritura la generosidad moral, revelada en los signos de bondad, espontaneidad, delicadeza, rectitud, fidelidad, cualidades preferibles, seguramente, a los mejores dones de la admirable facultad de la inteligencia, que, sin duda, también será condición muy necesaria y proporcionada a todo efecto moral.

Se ha escrito que se conoce poco la vida íntima de Galdós, y solamente momentos de su evolución cronológica. Y aquí viene la explicación caracterológica: La resonancia secundaria de su carácter, evidente, disimulada por la emotividad, es un móvil que ensancha aún más esta última. Y la emotividad puede ser lo mejor o lo peor de las cosas; si encuentra satisfacciones suficientes en el ambiente



Carta de Galdós a don Gumersindo de Azcárate (Santander, 31 de julio de 1907).

El Diputado a Cortes por Madrid

Santander 31 de Julio de 1907

S. D. Gumersindo de Azcárate

Mi distinguido amigo y correligionario: Recibo su grata del 28, dándome cuenta de la reunión de la Minoría Republicana del Congreso y Senado, y no pudiendo yo asistir a la próxima junta, tengo el gusto de reiterar a V. mi representación ~~[illegible]~~ de un modo explícito que a mi parecer procede que el Tribunal de Honor comience a funcionar desde luego, y que la misma debe resolver la conducta que

en lo sucesivo [illegible] conforme a las circunstancias, y el que [illegible] que tome el asunto.

Igualmente apruebo la designación de los correligionarios Sol y Ortega, Jiménez Rodríguez y Llorente para constituir el Tribunal de Honor.

Al propio tiempo opino que el funcionamiento del Tribunal de Honor no debe aplazarse, y que no debe [illegible] al S. Lerroux porque su labor viene siendo una campaña de [illegible] a los Tribunales ordinarios.

Y por último, me permito expresar a V. mi [illegible]

y acontecimientos arrastra las largas meditaciones de la introversión en el sentido de la adhesión hacia lo que se prefiere, el cariño, la alegría. De lo contrario se rebela, cediendo tan sólo a la autoridad de la convicción afectuosa y el tratamiento favorable.

Yo creo que en el interior de este hombre ilustre, cuya obra le convierte en inmortal, se produce una lucha dramática entre la resolución activa y la imposición emotiva, a ver quien puede más de las dos, y el carácter se encuentra con una capacidad de resonancia en inferioridad de condiciones para poder conducirlas desahogadamente. Que si Galdós hubiera sido menos emotivo o más extravertido, su vida habría sido más exteriorizada y feliz, se habría realizado también más. Es muy posible que hubiese ganado él, pero en perjuicio de su obra, que es la que queda. Seguro lo que más le importaba. ¿Pero qué obra? Porque a Galdós le interesaban más cosas. Y es probable que la vocación musical fuera su gran sacrificada, la que en lo más hondo de su ser quedaba triste por no haberse realizado. Es el eterno dilema de infinidad de hombres y de mujeres de todos los tiempos.

Concretamente, no podía haber sido tan elevado compositor o músico como singular novelista porque le faltaban unos grados de riqueza imaginativa (facultad del alma, aprehensión de las cosas por vía inconsciente o irrazonada, herencia privilegiada, utilización original de representaciones que se acercan a lo real y a lo remoto —cénit por excelencia alcanzado en Cervantes—), condición cimera de las bellas artes, que en la novela puede ser completada por la fina agudeza de observación y transcripción. Por eso son también más firmes, en la obra literaria de Galdós, los personajes observados que los creados.

Que no es ningún defecto, dado que un hombre sólo no puede tenerlo todo, y hasta los que creemos felices, realizados o poderosos, siempre ocultan el dolor de una o varias servidumbres que íntimamente les disminuyen o apenan. Y Galdós, en la cumbre de su genio, descubre y revela Madrid como un impresionista, lo que es, al igual que hicieron Renoir y Lautrec respecto a París. La obra de don Benito resulta incólume (no olvidaré que de *Fortunata y Jacinta* leí de corrido los cuatro tomos en unas vacaciones, durmiendo alguna hora a intervalos, en la ya lejana adolescencia).

Galdós, fundamentalmente honrado, patriota, trabajador, olvidado de sí mismo, significa el fervor maravilloso de quien se entrega en cuerpo y alma a su obra y se constituye en espejo de generaciones venideras.

Anécdota

Madrugador, se levantaba al amanecer, y gustaba de pasear largamente por la ciudad. En el desaparecido Café Universal, Puerta del Sol, junto al comienzo de la calle de Alcalá (Madrid), donde se detenía habitualmente, una noche observó a un joven aproximadamente de su edad, que escribía ensimismado.

Se cuenta que como éste dejara al marcharse unas cuartillas sobre la mesa del Café, Galdós las tomó para leerlas, y decían:

«Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar,
y tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.»

Interesado don Benito por el personaje, preguntó quién era el caballero que acababa de salir, y alguien le informó que se trataba de un Redactor del Diario «El Contemporáneo», y su nombre *Gustavo Adolfo Bécquer*.

Ejemplo humano

Con motivo de un homenaje a Benavente, Benito Pérez Galdós escribió:

«De veras agradezco que mis amigos me hayan dado el encargo de condensar en una sola voz las voces múltiples de los admiradores de Benavente. Lo agradezco porque nada es tan grato en nuestra miserrima vida literaria como ensalzar públicamente a los que descuellan sobre la multitud; porque estos públicos honores traen siempre una onda de alegría que suaviza nuestras penas; porque, en fin, el fresco ambiente que aquí respiramos nos alivia momentáneamente de los años vividos.»

«Procuremos todos no tener edad y ser siempre contemporáneos, vivir en los hechos y en las contiendas de cada día, conservemos las virtudes propias de toda sociedad, que no quiere envejecer, y en ellas principalmente el don de admirar.»

«Bien venida sea la admiración de algo, de alguien, porque admirando damos la más saludable inhalación de oxígeno a nuestras almas y así evitaremos que la indiferencia las asfixie y el pesimismo las ahogue.»

Colofón

Estaba muy enfermo en sus últimos años. Propenso a jaquecas. Aquejado de uremia. Opacidad visual creciente y desoladora. Se me ocurre comparar a un Beethoven sordo y un Galdós ciego, ilimitada pena de ambos genios creadores. También padecía de arterioesclerosis progresiva.

Su médico de cabecera era el entonces joven doctor Marañón. Don Benito, trabajador incansable, repetía en el delirio, ya en su lecho de muerte·

«Tengo mucho que trabajar, mucho.
¡a mí el trabajo me da la vida!

Falleció el 4 de enero de 1920, plena madrugada, en un hotelito semiárabe que habitaba en la calle Hilarión Eslava (hasta hace poco convertido en centro escolar), a espaldas de la Moncloa.

Su entierro fue costeado por el Estado, a propuesta de don Natalio Rivas, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Todo Madrid le acompañó en el postrer viaje, emocionadamente envuelto en la bandera patria: Es una permanente gloria de las letras castellanas y la novela universal.

Justificación objetiva grafonómica

«El carácter de un hombre hace su destino» (Demócrito)

En todos los dominios del conocimiento en que interviene el hombre, es inevitable que participen en ello y con él sus condiciones fisiológicas, mentales, nerviosas y circunstanciales.

Para completar el estudio grafológico, con las resultantes caracterológicas de don Benito Pérez Galdós, exponemos a continuación la grafonomía o definición técnica de su escritura con las correspondientes significaciones.

Temperamento. — Nervioso-sanguíneo-linfático: Escritura combinada (originalidad), abierta (expansión), alineada (estabilidad), espontánea (naturalidad), homogénea (coordinación), matizada (emotividad). Rápida + desigual en tamaño + rasgos libres o terminales prolongados + inclinada 120° = actividad incontenible.

Carácter. — Activo-emotivo-secundario (pasional preactivo): Escritura rápida (actividad), ligada (deducción), resuelta (decisión), ordenada (método), firme (energía), inclinada (impulsividad). Extendida + + clara en rápida + mitad curva, mitad angulosa, en guirnalda + hiperligada + armónica = creatividad.

Psicología profunda.—Pensamiento y sensación en la extraversión. Intuición en la introversión. Sentimiento muy desarrollado: Escritura armónica (superioridad intelectual), clara (claridad de espíritu), en relieve (penetración psicológica), hiperligada (agudeza), constante (constancia). Simplificada + presión nutrida + curvas originales + márgenes + firma + inclinación gráfica = capacidad artística.